

Capítulo general – Homilía 31/05/2015 – Santuario del Alverna

Las lecturas de este domingo, después de la solemnidad de Pentecostés, nos introducen en el misterio de Dios. Un misterio no de entenderse y explicarse, sino una vida profunda de aceptar y experimentar, para que también nosotros seamos ¡comunión viviente! La breve conclusión del Evangelio de Mateo que hemos escuchado, nos recuerda que antes del Evangelio escrito está la vida evangélica, la vida de la comunidad que animada por el Espíritu del Señor vive, proclama y bautiza generando nuevos hijos de Dios.

“Id,... haced discípulos... bautizándolos...” (Mt 28,19).

Primero está la vida real, la obediencia, la liturgia celebrada, la experiencia del Resucitado y del Espíritu que clama en nosotros “¡Abbá, Padre!”; luego está lo escrito, el razonamiento, la comprensión. La Trinidad primero ha sido vivida por hijos redimidos, primero ha sido experimentada en la comunión fraterna, *después* será entendida en términos de conceptos y dogmas escritos.

¡Qué valiosa indicación para nosotros!

No se reforma la propia vida o la Orden con los documentos finales: son escritos que ratifican solamente el final de un itinerario. Francisco mismo ha puesto por escrito la mayor parte de los textos en los últimos 6 años de su vida: pero primero él ha vivido, orado, experimentado, incluso se ha equivocado... y ha iniciado de nuevo... No ha escrito primero lo que debía hacer: primero ha iniciado, ha orado, ha arriesgado, se ha comprometido... Como un hijo obediente, “sin recaer en el temor” (cf. *Rm* 8,15) ha permitido que el Señor lo plasmase. Y de una oración completamente preocupada por las “tinieblas de su corazón”, ha pasado lentamente a una oración de alabanza, de admiración y de confianza en la SS. Trinidad.

Incluso aquí, en este lugar del Alverna, lo que sabemos se debe a la experiencia que tuvo Francisco y que él posteriormente ha querido donarla a un hermano para liberarlo de una profunda tentación. Francesco primero vive la estigmatización, después, con su puño y letra escribió aquello que podía servir para consuelo de fray León.

Nuestra peregrinación quiere ser una forma de pedir también para nosotros las dos gracias que Francisco le pidió al Señor: sentir en su cuerpo el amor y el dolor que Jesús vivió en su pasión (cf. *Tercera consideración sobre los estigmas*: FF 1919).

Nosotros también podemos pedir esta gracia: ser marcados en el cuerpo por la pasión de Jesús (el amor que le impulsó y el dolor que vivió), para que nuestra *carne* se convierta en un estandarte, casi en un sacramento de la redención del Señor. No serán externos nuestros estigmas, pero marcarán nuestra humanidad herida por la vida ¡con la gracia eficaz de la redención!

El mundo en el que vivimos hoy no quiere maestros, no quiere documentos escritos, no quiere solo palabras. Quiere testimonios, quiere cuerpos que se puedan ver y tocar, como el de Francisco; ¡quieren una teología escrita en la carne! Francisco ha tenido aquí, después de la Navidad en Greccio, su Pascua, el cumplimiento de su maduración y de su transformación en el sentido paulino (*Rm* 8). Aquí se ha generado una descendencia: por un lado, ha "perdido" la Orden porque definitivamente la ha entregado a Su Propietario, pero por otro lado ha engendrado una verdadera

descendencia. Fue Juan Pablo II, en su peregrinación en 1993, quien dijo en el refectorio de los hermanos que “Francisco nació en Asís pero que fue aquí en la Alverna donde nació el franciscanismo”.

Después de esta Pascua personal, Francisco no solamente tuvo seguidores sino que tuvo una descendencia, el fruto de la bendición de Dios, según la perspectiva bíblica. Permitió que se realizara la obra de Dios. ¡Se convirtió en hijo y padre, heredero de Dios, coheredero de Cristo! Su “carne” no permaneció viva, sino que se transfiguró para que, como se ha dicho en la primera lectura del Deuteronomio, fuese feliz él y sus hijos y para que permaneciese por mucho tiempo en el país que el Señor, su Dios, le da para siempre.

Queridos hermanos, no solo existe dificultad para entender con la cabeza la Trinidad de Dios, ¡sino que existe sobre todo una resistencia a entrar en la vida trinitaria! ¡Porque nuestra “carne” no quiere entrar en ella por la puerta que es la Cruz!

Podemos hacer el bien, ser solidarios, respetar el medioambiente, desempeñar actividades pastorales, pero sin estar yendo en la dirección de Dios...

Francisco nuestro fundador nos precede: nos incumbe a nosotros los Ministros, y a los hermanos confiados a nosotros, atravesar esta puerta: “celebrar la Pascua con Él”, como dirá san Buenaventura, releyendo las llagas del santo en su *Itinerarium mentis in Deum* que a partir de aquí empezó a escribir.

Después de su estigmatización, Francisco escribe de su puño y letra las Alabanzas al Dios Altísimo con la bendición bíblica a Fray León, para consolarlo y librarlo de la turbación que estaba viviendo. Por este gesto de misericordia conocemos algo de la experiencia de Francisco: una revelación de lo que es Dios, no de lo que puede recibir de nosotros, y el testimonio que puede ir más allá de nuestro Yo, ¡tan a menudo voluminoso! Verdaderamente la Pascua de Jesús fue la escala que llevó a Francisco a trascenderse en la vida divina, en el Tú del Dios uno y trino.

Este camino está también a nuestro alcance, la maduración es la que hace que seamos no sólo plenamente hijos, sino también fecundos: capaces de ser engendrados y también de engendrar.

“Id... haced discípulos... bautizándolos en el nome del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo... yo estaré con vosotros día tras día, hasta el fin del mundo” (*Mt 28*).

Alabanzas al Dios Altísimo

Tú eres el santo, Señor Dios único, el que hace maravillas.

Tú eres el fuerte, tú eres el grande, tú eres el Altísimo.

Tú eres el rey omnipotente.

Tú, Padre santo, Rey del cielo y de la tierra.

Tú eres el Trino y Uno, Señor Dios de los dioses.

Tú eres el bien, el todo bien, el sumo bien, Señor Dios vivo y verdadero.

Tú eres el amor, la caridad.

Tú eres la sabiduría, tú eres la humildad, tú eres la paciencia.

Tú eres la belleza, tú eres la mansedumbre,

tú eres la Seguridad, tú eres el descanso.

Tú eres el gozo, tú eres nuestra esperanza y alegría.

Tú eres la justicia, tú eres la templanza, tú eres nuestra riqueza a satisfacción.

Tú eres belleza, tú eres la mansedumbre.

Tú eres el protector, tú eres nuestro custodio y defensor.
Tú eres la fortaleza, tú eres el refrigerio.
Tú eres nuestra esperanza, tú eres nuestra fe.
Tú eres nuestra caridad, tú eres toda nuestra dulzura.
Tú eres nuestra vida eterna, grande y admirable Señor,
Dios omnipotente, misericordioso Salvador".

Bendición al Hermano León

El Señor te bendiga y te guarde;
te muestre su rostro y tenga misericordia de ti.
Vuelva a ti su mirada y te conceda la paz.
El Señor te bendiga, hermano León.